GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA

ARCADI ESPADA

EL IDEÓLOGO ULTRACONSERVADOR

(Barcelona, 1924). Fue ministro de Obras Públicas en los Gobiernos de Franco entre 1970 y principios de 1974, muy vinculado tanto al anterior jefe de Estado como al almirante Luis Carrero Blanco. Consagró la frase «el Estado de obras» (públicas y de todo tipo de realizaciones, se entiende), como eje y justificación del régimen anterior. Estudió Derecho y Filosofía en las universidades de Madrid y Bonn.

Ha escrito docena y media de libros, entre los que se encuentran El crepúsculo de las ideologías, La envidia igualitaria *y* Río arriba*, sus memorias, de reciente aparición. En el Pensamiento español ha recogido en seis volúmenes la historia de las ideas en España. Está considerado como un valor del pensamiento ultraconservador.*

En una de las páginas de *Río arriba*, su reciente libro de memorias, hay una afirmación muy apasionada: cada día que Franco viva será un día más para hacer embalses, carreteras, autopistas, para que el Estado funcione, viene a decir usted.
Sí, es una afirmación que corresponde a mi época de ministro de Obras Públicas, cargo que ocupé entre 1970 y 1974. O sea, que es una afirmación basada en la experiencia personal. No hay duda ninguna: Franco, aún en esa época ya postrera de mi vida, mantenía el Estado en pleno funcionamiento. Su autoridad bastaba para que los planes decididos por otros, por los técnicos, por los políticos, se ejecutaran. Se trata, por supuesto, de lo que debe hacer un estadista.

El más grande estadista español desde los tiempos de Felipe II, según su comentario.
Así es, así es. Sólo Carlos III podría hacerle una mínima sombra. ¿Qué hay luego hasta Franco? El desastre mayúsculo de nuestro siglo XIX y las primeras décadas, en buena parte tenebrosas, del XX. Se me ha acusado de hacer una idealización de Franco en mi libro de memorias.

Hay un capítulo especialmente apologético, sí.

Diga usted apologético, si quiere. Pero yo no idealizo a Franco. No digo que él fuera Newton, ni que fuera un gran intelectual. Aunque, teniendo en cuenta el nivel que tenía el Ejército español de su época, sí podría decirse que Franco era Newton. Tenga usted en cuenta que estamos hablando de un Ejército de analfabetos, donde leer y escribir ya era un grado. Y Franco lee, escribe —y bien— y sabe francés. Y es el general más joven de Europa. Y tiene un prestigio inmenso fuera y dentro de la milicia. Bueno, pues casi Newton, en fin. Yo escribo que fue un militar y un político ejemplar, y eso no entra en el ámbito de ninguna idealización posible.

Explica usted que Franco no respondía, en modo alguno, al estereotipo del español.
Así es. Si se superponen el estereotipo español y la personalidad de Franco, no coinciden.

Pues era un hombre muy religioso.
Religiosísimo. Pero el español no lo es.

Hombre…
La religiosidad ha desaparecido de las características que componen lo español. Religiosos son los hindúes.

Cuentan que era valiente.
Valentísimo. Eso sí que está por encima de lo discutible. Y es verdad que el español es valiente. Pero mire, perdóneme que le lea lo que he escrito precisamente sobre esto. Vamos a ver: «El coraje del español», escribo, «suele ser esporádico, espectacular y emotivo, como una llamarada. El valor de Franco era sostenido, sobrio y racional, como una pilastra».

¿Qué no tenía Franco del español medio?
Pues mire, no era extravertido, ni mandón, ni era un quijote. En fin, no era un celtíbero.

Usted sostiene que sólo tienen éxito los gobernadores que no se adscriben a ese estereotipo.
Sin duda: Fernando el Católico, Carlos V, Felipe II, Cisneros, que es el que más se parece a Franco, y no Fernando VII, Isabel II o Alfonso Guerra. Para gobernar es

preciso ese *pathos* de la distancia del que hablaba Nietzsche. No podemos juzgar con objetividad a las personas que están demasiado cerca de nosotros. Ya sabe la broma del novio. «¿Por qué se llama novio?». «Pues porque no vio». Eso que llamaban la frialdad de Franco no era más que objetividad y realismo.

Hasta la impiedad.
No, no creo que Franco fuera despiadado. Al revés, creo que era hombre compasivo.

Vaya. Tendrá pruebas de eso.
Muchas: retrasó la conquista de Valencia para que pudieran huir sus enemigos; retrasó el fin de la guerra para no destruir Madrid.

La prolongación de la guerra siempre fue argüida como prueba, muy precisa, de su impiedad.
Bueno, eso forma parte de las muchas mentiras que se han dicho sobre la guerra civil, una guerra donde murieron la cuarta parte de los que han muerto en Yugoslavia. Pero en fin…

Usted explica que vio a Franco, por última vez, en el acto de adhesión de la plaza de Oriente, pocos días después del fusilamiento de las cinco personas acusadas de terrorismo.
Sí, yo fui esa mañana a la plaza de Oriente y subí al Palacio.

¿Estaba usted de acuerdo con esos fusilamientos?
No, yo no soy partidario en ningún caso de la pena de muerte. La pena de muerte tiene un factor de irreversibilidad definitivo que no permite subsanar el error. Yo creo en la justicia, y creo que si alguien es condenado a 30 años tiene que pasarse 30 años, pero en la pena de muerte no creo. Y me opuse, en su momento, a la pena de muerte para los condenados de Burgos. No, yo fui a la plaza de Oriente para adherirme al homenaje de un hombre que estaba en los últimos meses de su vida y que era atacado. Y lo encontré absolutamente lúcido: viejo, pero lúcido.

¿Capacitado para gobernar?

Creo que sí. Aunque a mí sólo me gusta hablar de lo que conozco de primera mano. Y, naturalmente, yo en ese instante no estaba en el Gobierno y no puedo juzgar hasta dónde llegaba su capacidad. Pero hasta el último día en que yo fui ministro y lo fui hasta muy tarde, bien entrado el 74, Franco ejercía el poder con competencia plena y no tengo por qué dudar que hasta el final fuera así.

No siempre se ha dicho eso.

Desde luego. Se dicen y se dirán muchas cosas. Incluso se dirán tonterías. Vamos a ver: ¿cómo gobernaba Franco? Pues delegando todo lo que no estaba estrictamente vinculado con el ejercicio de la soberanía. La obligación del que gobierna no es estar presente hasta en el último recoveco de la gestión, descender cada día a la anécdota o a la minucia. Así lo único que se practica es el clientelismo y es un camino seguro hacia la corrupción, aunque pueda parecer lo contrario. El estadista es responsable de los hombres que elige y no puede estar todo el día socavando, puenteando, reduciendo a sus colaboradores a simples comparsas. Lo explico en mis memorias: a mí, Franco, muy raramente me hizo una indicación sobre personas, sobre proyectos. Yo creo que esa manera de gobernar está muy influida por la experiencia de la milicia. Me imagino que Eisenhower no gobernaría de manera muy diferente a como lo hacía Franco. Uno y otro operaban políticamente con los criterios y las estrategias de un generalísimo. Pues bien, retomando el hilo, creo que Franco hasta el último momento tuvo en sus manos las estrictas decisiones soberanas que había tenido siempre. De ahí, repito, lo que decíamos al principio, que yo pensara que mientras ese hombre durara, el funcionamiento del Estado estaba asegurado.

Lo que ciertamente tampoco suponía una gran confianza en la solidez de ese Estado.

Lo era, y mucho. Pero se aplicaron bien en su desmontaje. Mientras Franco estuvo vivo no se atrevieron. Lea si no lo que dice [el ex ministro de UCD] Otero Novas en sus escritos. Otero que fue, precisamente, de los que más destacó en esa tarea, escribe: «Nos costó mucho desmontar el Estado porque estaba montado muy bien».

¿Y qué interés tendrían a su juicio los reformistas que hicieron la transición en desmontar una obra tan perfecta?

Mire usted, el Estado se desmonta por tres razones: una, el factor internacional. Al mundo le interesaba una España débil. Es lógico; si usted es competidor de alguien le interesa que ese alguien sea lo más débil posible. No hay ninguna mala fe especial en ello. Forma parte de la lógica de las cosas. Con Franco, España era un hueso difícil de roer. Hay muchos asuntos que lo demuestran: las negociaciones con Estados Unidos o con la Comunidad Europea, por ejemplo. Pues bien, nuestros competidores trabajan activamente para que el Estado se desmonte, es decir, para que España quede en una situación política más débil. Dos: el resentimiento de los vencidos en la guerra civil, es decir, de toda esa gente que denunciaba los horrores de la dictadura y que vieron llegada la hora de su venganza. Tres: la frustración de muchos políticos que no habían llegado a nada durante el franquismo, o habían llegado a cargos muy subalternos, y que quisieron constituirse en una clase política alternativa.

¿Eso es todo?

Eso es todo lo importante.

¿No se podrían a desmontar el Estado, porque, llanamente, querían un Estado democrático?

Oh, bueno, ésa fue la coartada. Ese tipo de coartadas son siempre imprescindibles. Pero las razones, las razones auténticas, son esas tres.

¿Los nacionalismos?

Pues mire, un cierto papel sí que pudo jugar la aspiración nacionalista. Yo, que soy un cosmopolita, no me he interesado nunca por los nacionalismos, pero sí es cierto que algún papel pudieron tener. Quien no lo tuvo, desde luego, fue la clase trabajadora, muy poco movilizada ante el desmontaje del régimen ni, por supuesto, los partidos políticos.

Ni el Rey.

Bueno, el Rey interpretó con eficacia su papel. No fue una razón, sino un actor principal de esas tres razones antedichas.

Sus memorias son casi desdeñosas con el rey Juan Carlos.

¿Se lo han parecido?

Sí.

No lo creo. Yo conozco muy bien al Rey. Tenga usted en cuenta que yo he sido uno de sus profesores. Mire, le diré algo: yo tenía escrito un capítulo sobre el Rey, pero un capítulo de anécdotas, de hechos, no de opiniones; un capítulo de unas cuarenta páginas que al final he preferido eliminar. Me he autocensurado mucho con el Rey.

Pues la verdad, en el capítulo dedicado al 23-F sólo falta que usted lo señale explícitamente con el dedo.

Bueno, es que de eso… ¿Cómo es posible que los dos generales más monárquicos del Ejército español, el general Alfonso Armada y el general Jaime Milans del Bosch, estuvieran comprometidos en un golpe contra la voluntad del Rey? ¿Cómo?

De usted dijeron que anduvo en tratos con la llamada trama civil del golpe.

Sí, pero es falso, completamente falso. Ya lo explico en mis memorias. Lo supe por la radio y hasta ese momento no había oído, ni siquiera oído, nada sobre eso.

Sin embargo, usted sí caminó sobre el filo de la navaja cuando habló con el almirante Gabriel Pita de Veiga y con el general Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil poco antes de que Suárez los reuniera para darles cuenta de sus propósitos reformistas.

Yo les vi a petición suya, de Pita concretamente. Él me preguntó qué pensaba yo que Suárez iba a decirles, cuál me parecía que era el motivo de la reunión y yo le dije francamente lo que pensaba. Lo que pensaba yo que Suárez iba a hacer con ellos, que fue lo que hizo, con su enorme habilidad para estas cosas.

No parece una gestión inocente, con franqueza.

Pues lo fue, y por descontado, no tuvo mayor consecuencia. Ése fue, además, el último contacto que he tenido con algún militar.

¿Cómo vivió usted los últimos días de Franco?

Bueno, pues como la mayoría de los españoles. Por lo demás, cada dos o tres días entraba a preguntar por él en La Paz y hablaba con los médicos o con alguno de sus ayudantes.

Fue una agonía larga.

Fue una agonía normal. Cierto, tardó dos meses en morirse. Pero, ¿qué es lo que tarda una persona en morirse en las circunstancias patológicas de Franco? Yo he tenido un infarto y me he pasado 26 días en la UVI. Sobre la agonía de Franco se han dicho muchas cosas que no tienen la mínima solvencia y que sólo se justifican, pero hasta cierto punto, por ser Franco quien era. Los médicos hicieron lo que pudieron por salvarle la vida, le dieron el tratamiento normal que le hubieran dado en cualquier otra circunstancia y no creo que, seriamente, su actitud ante el enfermo pueda ser médicamente atacable. Años después de su muerte se publicaron con gran escándalo las fotografías de la cruel agonía de Franco. Muy bien, eran unas fotos desagradables como las de cualquiera que haya estado internado en un hospital y en esas condiciones. Franco no tenía ni más ni menos tubos que los que tenía yo cuando mi infarto.

Se ha hablado también de la actitud de sus familiares en todo el proceso final.

Sí, de la llamada camarilla familiar, ligada a la existencia de otra nebulosa camarilla política. Pamplinas. Los familiares estuvieron a su lado, eran muy pocos e hicieron lo que hacen los familiares en casos similares: estar cerca, y sin tregua, del que se muere. En cuanto a la política, ¿sobre qué se trataba de conspirar? La ley de sucesión estaba hecha, Franco había escrito su testamento. Murió Franco y juró el Rey, y todo eso sucedió como hacía muchos años estaba previsto.

Así, pues.

Así, yo no veo otra cosa que naturalidad en esa muerte.

(Publicado en *Memoria de la Transición*, Taurus, 1996)